



La huida á Egipto. — Cuadro de Francisco Mola.

PINTORES CÉLEBRES.

PEDRO FRANCISCO MOLA.

Ocupaba el trono pontifical de Roma Alejandro VII, de la familia Chigi, romano, hombre considerado como sábio y virtuoso, émulo de Leon X, de Julio II y de todos aquellos grandes papas que tanto habian protegido á las artes, habia consagrado todos sus cuidados á embellecer la ciudad eterna. Habia llamado á Roma los pintores mas célebres del mundo, y con mano franca y liberal, les dispensaba su poderosa proteccion. Habia venido, invitado por el papa, á Roma un pintor llamado Pedro Francisco Mola, y desde muy jóven se habia distinguido en los talleres de Josepin, de Albano y del Guerchino.

Hombre de genio, de grande inspiracion y talento, se habia consagrado al género del paisaje, y por su manera de pintar las tierras, alejar las lontananzas, y expresar el colorido de los árboles, se distinguió tanto, que en breve su fama y celebridad sobrepuso á la de Albano.

No podía menos de llamar la atencion del pontífice artista, el pintor Mola. El papa, los príncipes, á porfia, le encargaron varias obras. La fortuna sonrió al jóven pintor, y no solo se veia rodeado de riquezas, sino de grandes honores.

La reina Cristina de Suecia, esa mujer singular que habia abdicado un trono para hacer una vida aventurera, se hallaba en Roma, rodeada de un especie de corte que ella misma se habia formado. Cristina admiró las obras de Mola, le concedió todo su favor, le hizo uno de los principales dignatarios de su ambulante corte, y mas de una vez las distinciones concedidas á Mola por la caprichosa princesa, excitaron los celos de su amante Monadelchi, que mas tarde debia recibir la muerte en Fontainebleau de mano de la misma Cristina.

Mola se hallaba en el apogeo de la fortuna y de la gloria: su orgullo fué tan grande como su genio.

Habia pintado, por encargo del príncipe Pamfili, los techos de su magnífico palacio, uno de los mas hermosos y que aun admiran cuantos van á visitar las grandezas de la capital del mundo cristiano. Allí se excedió el artista á sí mismo. Sobre aquellos techos derramó toda la inspiracion de su poderoso genio. Toda Roma admiró con entusiasmo aquellas maravillosas pinturas. El príncipe Camilo Pamfili, lleno de entusiasmo, quiso pagarle liberalmente su obra maestra, quando estaba próxima á su término. El orgulloso artista, desvanecido con los elogios que se prodigaban á su obra, rehusó la cantidad que el príncipe le ofreció, y quiso hacer tasar judicialmente el mérito de su trabajo.

Grande fué el escándalo que ocasionó en Roma este proceso de nuevo género. Los enemigos del príncipe Pamfili se unieron, para molestarle, al obstinado pintor; y este, valiéndose del favor de que gozaba en la corte del Pontífice, y corrompiendo á jueces venales, con los dones que le ofrecia su pincel y su paleta, prolongó mas de dos años el proceso.

Con tales medios se hallaba próximo á triunfar y obtener un fallo, en que mas que de hacer pagar una cantidad al noble príncipe, se trataba de humillar su ilustre nombre.

Era tanto para el príncipe como para el pintor una cuestion de orgullo, mas que de interés.

¿Quién habia de quedar humillado en tan extraña lucha? El príncipe romano, ó el orgulloso artista, que desdeñaba la proteccion de su noble Mecénas?

Todo parecia decidirse en favor del pintor. En aquellos mismos dias acababa de verse poderosamente lisonjeada su vanidad. El rey Luis XIV y la corte francesa le enviaron cartas que exaltaron su orgullo, llamándole para que hiciese grandes y ricos trabajos en el palacio de Versalles.

Entonces, acompañado de los peritos que debian hacer la tasacion definitiva de la obra maestra que habia estampado en los techos del palacio de Pamfili, se presentó en él.

27 DE JULIO DE 1856.

Llegó allí con todo el aire y orgullo de un conquistador, gozándose con la idea de la humillación que iba á sufrir el príncipe.

El príncipe recibió á Mola y á su comitiva con aire satisfecho y triunfante.

Alza Mola al entrar en los salones sus ojos al techo, y ve en lo alto de un andamio al Calabrés ocupado en borrar su obra, aquella obra en que habia escrito la inmortalidad de su nombre. Baja los ojos, y ve á su lado al mayordomo del príncipe pronto á pagarle en oro la cantidad en que él mismo tan inconsiderada y orgullosamente habia tasado su trabajo.

Mola al ver al Calabrés pintar sobre sus pinturas quedó helado de asombro y de terror.

Volvió á su casa, no alegre y gozoso como momentos antes habia salido de ella, sino triste y abatido.

Dos horas despues, un mal súbito de cabeza, como llamaban entonces á la apoplejía fulminante, habia terminado su vida.

Cruel fué sin duda la venganza del príncipe Pamfili. El orgullo de Pedro Francisco Mola la habia provocado: el orgullo le mató.

Mola fué un genio. Como Homero, se disputan el honor de haberle dado su nacimiento varias ciudades. Unos le hacen natural de Coldre en el Milanesado, y otras, de París. Nació en 1621, y murió en 1666.

Sus principales obras son: *la Huida de Egipto*, de que presentamos una copia á nuestros lectores; *Agar y el ángel*; *el descanso de la Santa Familia*; *los dos San Juanes en el desierto*; *la vision á San Bruno*; *Herminia y Tancredo*, todos los cuales se hallan en el museo de pinturas del Louvre en París. Allí hemos tenido ocasion de admirarlas mas de una vez, entre otras grandes creaciones de los primeros pintores del mundo, y entre los que brillan en primer término, nuestros pintores españoles.

EL CONDE DE FABRAQUER.

AMPARO:

(MEMORIAS DE UN LOCO.)

(Continuacion.)

— ¿Que Dios quiere que crea en él? dije moviendo tristemente la cabeza; quisiera creer; envidio á los que creen. Y ya que como V. dice nos ha reunido la Providencia, sea V. mi misionero en buena hora. Le prometo escucharle y...

— No seré yo quien haga á V. creer en Dios, me dijo solemnemente el padre Ambrosio; ¡será ella!

— ¡Oh, acaso! El afecto que me inspira es profundo. Pero dejando el terreno en que nos hemos metido, y en el cual tendremos lugar de volver á entrar, porque nuestro conocimiento será largo y nuestro trato frecuente, vengamos á la situacion del momento. Mis proyectos respecto á Amparo, se reducen á arrancarla legalmente del dominio de esa mujer; yo habia pensado adoptarla, pero soy demasiado jóven y me ha parecido mejor que la adopte V. legalmente.

— ¡Oh, sí! despues de lo que ha acontecido hoy á esa infeliz, yo la hubiera adoptado de todos modos.

— Despues quiero perfeccionar su educacion, poniéndola á nivel de las jóvenes de nuestro gran mundo; casarla despues de una manera brillante, á beneficio de un magnífico dote.

— Dejemos obrar á la Providencia, me interrumpió el exclaustro; yo la adopto y acepto para ahora la proteccion de V.; y puesto que V. rechaza, como rechazo yo, la idea del claustro, que se la habia metido de una manera tenaz en la cabeza, entre en buen hora en un colegio: afortunadamente soy confesor de un matrimonio muy digno; él es un antiguo y honrado cobachuelista; ella, antes de casarse, fué maestra de niñas en una ciudad de provincia, y hace algunos años, despues de

casada, tiene en Madrid un colegio de señoritas, que poco á poco ha ido desarrollándose y que es al fin uno de los mas favorecidos. Esta es cosa concluida, aceptada. Ella lo resistia; pero yo que pienso que el mejor uso que puede hacer un hombre de su fortuna es favorecer á sus semejantes, la he convencido.

— Pues en ese caso, le dije, voy á principiar desde el momento.

El padre Ambrosio se quedó en casa, autorizando en ella la presencia de Amparo, y yo, despues de informarme por ella de la habitacion de la Adela, me fui á buscar al comisario de policia de su distrito.

Despues de algunas soces equivocaciones de este funcionario, respecto á mi interés por Amparo, á quien, no se porqué, conocia, entré de lleno en la exposicion del objeto que me llevaba por primera vez á tratar con tales gentes.

Quería yo evitar de todo punto un ruidoso procedimiento judicial, para arrancar á Amparo del dominio de aquella malvada, y cuando el comisario me hubo escuchado, me dijo:

— Pues es muy sencillo de hacer lo que V. desea; pero no deja de ser comprometido.

— Comprendo; ¿se trata...?

— De un abuso de autoridad.

— Pero cuando se abusa de la autoridad para el bien...

— Se puede ir á presidio lo mismo que cuando se abusa para el mal.

— Ya sabe V. mi nombre...

— Sí, sí señor; sé que la influencia de V. basta para sacarme de un atolladero... sin embargo...

— Sé que deben recompensarse estos servicios, añadí sacando algunos billetes y poniéndolos sobre la mesa bajo mi mano.

— ¿Es urgente la resolucion de ese negocio? me dijo el comisario.

— Urgentísima.

— Entonces haga V. que ese exclaustro, ese padre Ambrosio venga á verme al momento, y descuide V.; es asunto de dos horas: una renuncia de la adopcion de *la Adela* sobre *la Amparo*; la adopcion en forma de *ese fraile*; un testimonio de escribano, y... santas pascuas. Si la Adela resiste, con arreglo á la queja de V., la llevo á la Galera (1) y doy parte al gobernador. Pero no resistirá, yo se lo aseguro á V.; sé perfectamente cómo se hacen estas cosas: cuando se ha dado un paso en vago como el que ha dado esa muger... cuando está ofendida la moral pública...

— Bien, bien; ¿quedamos convenidos?

— Sí señor. Envieme V. el fraile.

— Le enviaré al momento. Adios.

— Servidor de V., caballero.

Salí dejando sobre la mesa del comisario algunos billetes de banco.

No sé como el bueno del funcionario arregló el negocio, pero el resultado fué que la Adela renunció por ante escribano á todo dominio sobre Amparo, y el padre Ambrosio la adoptó con todas las formalidades prescritas por las leyes.

Todo aquello se hizo en muy pocas horas.

Amparo no pasó la noche en mi casa.

Se la habia trasladado en un coche, previo dictamen del facultativo, al colegio de que era directora doña Gregoria de... hija de confesion del padre Ambrosio.

Me olvidaba decir que Mustafá habia ingresado tambien en el colegio.

Di orden á mi administrador general de que pagase á doña Gregoria mil reales mensuales por la pension de Amparo, y aquel asunto quedó para mí enteramente concluido.

La casualidad, segun yo, ó la Providencia Divina, segun el padre Ambrosio, habian arrojado delante de mí un gran infortunio. Yo habia cumplido con mis deber, segun mis convicciones, y estaba tranquilo.

(1) Prision de mujeres en Madrid. Nota para los que no conozcan la villa y corte.

Peró una vez satisfecho este deber, una vez pasada la novedad de mi aventura, comprendí que Amparo no era bastante para arrancarme del hastío; para reconciliarme con la vida.

Esta decepcion de mi esperanza me fué sumamente dolorosa.

Amparo era para mí una obligacion contraida que ningun sacrificio me costaba, porque yo era muy rico.

No me habia inspirado amor, sino caridad.

La caridad estaba satisfecha, y habia desaparecido el encanto.

Es cierto que yo sentia hácia ella un afecto profundo; que me interesaba su porvenir... pero su porvenir estaba asegurado. Por otra parte, yo no tenia herederos forzosos; mis padres habian muerto cuando era muy jóven, y podia nombrar á Amparo mi heredera universal.

Ninguna dificultad, ningun interés representaba Amparo que me ligase á la vida.

Me habia galvanizado por un momento, haciéndome sentir, á mí, cadáver ambulante.

Volvió mi tedio.

Sin embargo fui á verla todos los días mientras duró su enfermedad; luego algunas veces á la semana...

Amparo se mostraba silenciosa, retraida, como cohartada, delante de mí.

Yo veia en aquel encogimiento, orgullo, altivez, pesar de verse obligada á aceptar mis beneficios.

Esto me disgustaba.

Llegó un día en que creí que habia sido un imbecil; que habia ido, respecto á Amparo, mas allá de donde debia haber ido.

Hasta llegué á creer que el padre Ambrosio era un hipócrita, y doña Gregoria una mujer interesada.

Cuando un hombre llega á disgustarse de la vida; cuando rompe el vínculo de afectos que le unen á la sociedad; cuando, en fin, llega á dudar de todo, ó por mejor decir á no creer en nada... cuando se hace escéptico...

Un escéptico es la calumnia viviente.

Un escéptico es con suma facilidad malvado.

Dejé de ver á Amparo.

Y, sin embargo, el recuerdo de Amparo estaba fijo, siempre fijo en mi alma.

— Es que halago un sueño, decia yo.

Y el sueño, ó Amparo, se hacían mas persistentes en mi pensamiento.

(Continuará).

PISA.

Pisa, á distancia de once leguas de Liorna, es uno de los pueblos mas notables que existen en la Italia. Los vapores descansan en Liorna, ciudad sin monumentos, empero desde la cual todo el que llega emprende el curioso viaje de Pisa, hoy tanto mas fácil cuanto que un ferro-carril conduce desde aquel puerto á esta ciudad en menos de una hora. Este rapidísimo viaje es sumamente delicioso; arrebatados por el vapor, se recorre ese camino tan hermoso que desde Liorna conduce directamente á Pisa, y atraviesa inmensas llanuras, donde el viajero comienza á comprender lo que es ese paraíso de la tierra que se llama la Toscana.

Las obras maestras, los grandes monumentos alzados al Catolicismo en Pisa, se encuentran en una inmensa plaza que los reúne, formando un admirable grupo de edificios que la vista del hombre puede abarcar con una sola mirada.

Sobre una inmensa plaza cubierta de verde césped, que todos los días huellan con sus piés caravanas de peregrinos del arte y de la religion, césped que sin embargo permanece siempre intacto y parecido á una de esas sábanas implorables de los campos de América; al través de la crecida yerba y de esa gran pradera, esmaltada por la rica primavera italiana, nos encontramos cara á cara con las primeras obras del genio y de la fe.

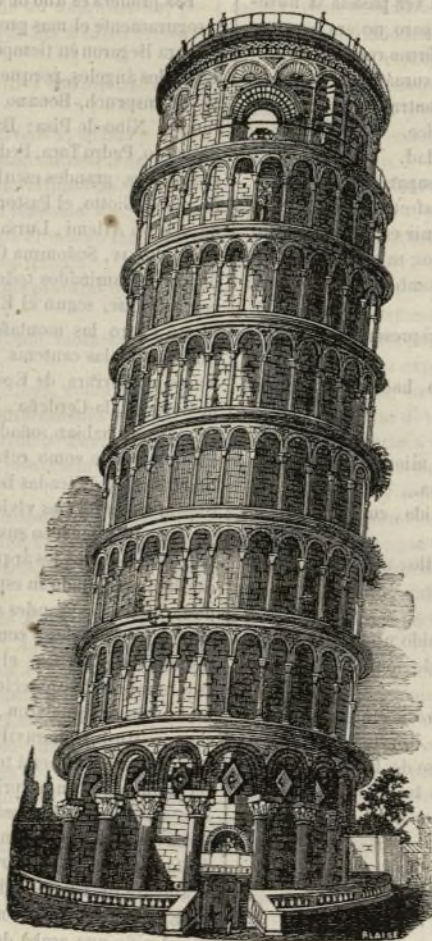
Esa pradera es uno de los lugares mas sagrados, mas ilustres, y seguramente el mas precioso de cuantos ilumina el sol. A esta pradera llegaron en tiempos antiguos hombres que poseían el poder de los ángeles, porque tenían fe. Estos hombres eran Guillermo de Inspruch, Bonano el de Pisa, Diotisalvi, Tomás, Nicolás, Juan y Nino de Pisa; Baccio Bandinello de Siena, Biuchetto, Reinaldo, Pedro Taca, Pedro Traocavilla, Horacio Moeca, grandes arquitectos, grandes escultores. Estos hombres eran tambien Buffalmaco, Giotto, el Pastor Divino de las orillas del Arno, Orgagna, Simon Allemi, Lursato de Siena, Bennozzo Gorzoli, el Rafael del siglo XIV, Sodomma Caballucci de Roma, Temputi de Pisa; hombres iluminados todos por la inspiracion, poseidos de esa creencia que, segun el Evangelio, es capaz de trasportar de un punto á otro las montañas. Los unos labraron el mármol, el mármol de las canteras mas ricas del mundo, el mármol de Varos, de Carrara, de Egipto, de todas las islas del mar italiano, la Corcega, la Cerdeña, Elba, Sicilia. Supieron darle todas las formas que habian soñado en su genio ó en su capricho; lo lanzaron á lo alto como cohetes; lo enroscaron y lo calaron como magníficas y delicadas bordaduras; hicieron con él bóvedas y le dieron hasta formas vivientes.

Los otros tomaron sus pinceles, y sobre las paredes preparadas por sus hermanos los arquitectos, trasladaron las celestes visiones que habian agitado su espíritu; tradujeron todas las grandes verdades, todos los grandes símbolos, todas las escenas dulces y terribles, formidables ó consoladoras que ofrecen al mundo los dos testamentos de Dios, el antiguo y el moderno; y cuando todos esos hombres desaparecieron de esta pradera sin nombre, cuatro monumentos quedaron, que la lámpara, siempre santa, para siempre ilustra; maravillas con que la fama debia durante los siglos venideros atraer á todos los viajeros del mundo hácia aquella pradera que en un principio no habia sido mas que un campo de césped, donde los pastores del Arno apacentaban sus ganados. Estos cuatro monumentos, la Torre torcida ó el Campanario, el Baptisterio, la Catedral y el Campo Santo, reasumen simbólicamente toda la vida de un cristiano.

El Campanario que mece sus campanas sobre las nubes, llama al niño que acaba de nacer: el Baptisterio le da el primer sacramento que le incorpora en el número de los cristianos; la catedral le revela, ya cristiano y ya echo hombre, todas la pompas santas de los mártires del Catolicismo; y el Campo Santo le guarda una huesa bajo las losas de mármol de sus galerías, ó entre la florida tierra de su vasto recinto.

El campanario ha sido llamado la Torre torta por su notable inclinacion, ignorándose si fué construido así, ó si ha sido este efecto de alguno de los movimientos que ha sufrido la tierra. Tiene siete pisos que son otras tantas arcadas de columnas. La mayor parte de los que han escrito sobre esta torre, han creído que ha sido una construccion á propósito, en que el arquitecto ha presentado esta obra maestra de su ingenio, fundándose en que las columnas colocadas por el lado donde se advierte la inclinacion de la torre, son desde el cuarto piso al séptimo mas delgadas, y consiguientemente mas ligeras que las columnas del otro lado. Esto parece recordar el enigma que demuestra la intencion evidente del arquitecto; pero el motivo de la inclinacion de este notable monumento es siempre un secreto.

Para los que no buscan la solucion de este problema interesante de arquitectura, la inclinacion de la torre causa una mala impresion. La primera idea que surge á la vista de este extraordinario monumento, es penosa tanto á la vista como al pensamiento, y la admiracion que despues se siente por la profundidad de los cálculos exigidos para llevar á cabo esta extraordinaria empresa, no compensa el primer desagradable movimiento que expiementa el ánimo. Nosotros hemos subido á esta torre, y hemos recordado cuántas veces subiera á ella el sublime hijo de Pisa, el mártir de la ciencia, Galileo, que jóven aun, desde la cumbre de esa torre consultaba el espectáculo de la cúpula estrellada de los cielos, meditando en aquel lugar sobre la gravedad de los cuerpos, y sobre la medida de los tiempos.



La torre inclinada de Pisa.

La torre torcida se levanta detrás de la catedral. Diotalvi colocó el Baptisterio. Este monumento contiene grandes riquezas del arte, entre otras el famoso púlpito construido por Nicolás de Pisa; obra que hace honor á los antiguos pisanos, quienes se impusieron grandes contribuciones para concluirla. En la construcción del Baptisterio se han tenido presentes todas las reglas de la acústica, de manera que un solo niño que cante en él, por la combinación del eco, parece un numeroso coro de cantores. El custodio de este edificio nos hizo presente esta observación, y nosotros mismos hicimos la experiencia.

La catedral, llamada el Duomo, es del siglo xi. Es un trofeo, es un monumento alzado á la victoria. Cuando el cónsul de los pisanos, Orlandi, tomó á Pisa con las galeras victoriosas, después de haber triunfado en Palermo de los sarracenos, quiso consagrar á la Madre del Redentor del mundo una memoria de su victoria, y alzó esta catedral Juan de Bolonia: Franca-villa, Pedro Taca, esculpieron las puertas de bronce del templo; puertas tan bellas, como milagrosas. En esta catedral hay diversos cuadros de un gran mérito, que en tiempo de la invasión de los franceses por Bonaparte, fueron llevados al museo de París, y que después han vuelto á su antiguo sitio por el tratado de Viena de 1814. En medio de la nave principal de la iglesia, y suspendidas de su alta bóveda, se ven los primeros instrumentos de que se sirvió Galileo para sus observaciones astronómicas.

De todos los edificios que vamos recorriendo, el mas interesante es el campo santo. De todas las colecciones de sepulcros, este campo santo es el mas célebre del mundo, es el cementerio

por excelencia. Su aspecto exterior es severo: sus paredes no anuncian por fuera las maravillas de su recinto. La sencilla desnudez de su exterior, contrasta extraordinariamente con la fama de este edificio, y al penetrar por sus puertas, parece que comienza para uno una alta revelación. Apenas entramos, reconocimos que la sencillez de las paredes exteriores era un símbolo. Los religiosos artistas del siglo xiii, que edificaron el campo santo, quisieron dar al peregrino, al viajero, al observador, una prueba de que la muerte es una inmensa revelación que oculta detrás de un velo todas las materias y todos los tesoros del otro mundo. Por eso dejaron las paredes tan sin ornato, tan pobres por defuera; por eso reservaron para el interior toda la riqueza de una imaginación santa. Cuatro galerías de mármol recibieron todas las riquezas que en un momento de inspiración pudo reunir la imaginación del escultor. Todas las bellezas de la pintura están comprendidas en sus paredes. Allí vemos reproducida otra escena que nos habia causado grande sensación en otro lugar, en el magnífico palacio que la piedad cristiana ha levantado para morada de los Pontífices, jefes del catolicismo, escena que no puede menos de aterrar á los mortales, el juicio final. Pero el juicio final de Verá, es muy distinto del de la capilla Sixtina del Vaticano. En este Miguel Angel formó un cuadro mitad religioso, mitad fantástico: mas que una página terrible de la historia futura del mundo, formó un libelo colocando á sus émulos y á sus enemigos entre los réprobos; en Pisa, Orgagna representó sin ira y con verdad la mas terrible escena que hayan de presenciar los siglos.

Aquellas galerías protegen además pinturas de que tanto los autores han hablado. Allí se ve *La Creación*, *El Diluvio*, *Cris-*

to en la Cruz, obras de Buffalmaco, el primero de esos viejos artistas que heredaron las tradiciones bizantinas, al lado de las terribles páginas de Orgagna: allí están las principales escenas de la vida de San Raniero, patron de Pisa, reproducidas por el pincel de Memi; *Los infortunios de Job*, por el divino Giotto; ese pintor que comenzó como su compatriota Virgilio por guardar los rebaños, y que reveló las riquezas de su genio creador: revelación que asombró al mundo, y que hizo que Roma lo llamase á su seno.

No solamente son pinturas las que adornan las cuatro galerías del cementerio pisano; son también obras de escultura pertenecientes á todos los siglos y á todas las religiones, y procedentes de todos los países. Vestigios del arte egipcio, monumentos griegos, bustos romanos, antigüedades etruscas, sarcófagos revestidos de mitológicos emblemas.

En el campo santo reina verdaderamente la igualdad de la muerte; pero la muerte ha recogido en este recinto todo lo que queda de su poder; las antiguas naciones, sus antiguas batallas han traído cada una su homenaje á tan poderosa soberana. Casi todas las glorias de este mundo han depositado allí un poco de su polvo: el campo santo de Pisa es el archivo universal de la nada.

La vista se sorprende y se recrea al recorrer esas galerías, pero el patio que rodean está cubierto de un verde césped, que aun arrebatá mas y conmueve el corazón: aquella tierra no es tierra de Pisa; fué traída de Jerusalem, en cincuenta galerías de la antigua república. Santo polvo, donde los muertos de los antiguos tiempos tenían esperanza de dormir con mejor sueño; tierra á quien se suponía la propiedad secreta de consumir todo despojo humano en el espacio de algunas horas.

Este gran recinto, cuyos cuatro ángulos están marcados por verdes céspedes; este campo, que la primavera adorna espontáneamente con silvestres flores de vivos matices, y en cuyo centro hay una columna de mármol, que un rosál entrelaza con sus guirnaldas, es el que contiene los cuerpos del antiguo pueblo: un privilegio exclusivo abría las tumbas de las galerías solo á los muertos ilustres; en ellas solo se enterraban los que fueron grandes por sus conquistas, por su fortuna, por su genio, ó por su alto origen, que les daba el derecho de ir á reunirse en la tumba de sus abuelos, cubierta de blasones. El patio descubierta pertenecía á las gentes de la multitud, á los que vivieron desconocidos, á los que tal vez hicieron bellas acciones, á los que poseyeron altas virtudes y tuvieron grandes pensamientos, pero á quienes la gloria caprichosa rehusó el favor de una mirada; sino descansan sus cuerpos sobre una losa de mármol cubierta con un velo de césped que todos los años reproduce sus matices, y el peregrino y el viajero que buscan este lugar, si no se entretienen en leer un epitafio grabado sobre piedra, admiran aquella tierra traída tan costosamente de Palestina, y que tal vez oyó al Salvador del mundo.

En el día nadie se sepulta en este cementerio monumental, sino por una gracia especial, y una alta recompensa de grandes servicios.

El cementerio de Pisa es el cementerio mas célebre del mundo.

Allí yace la sombra de un gran pueblo; allí existen aquellos hombres heroicos, que en los pasados tiempos combatieron por la gloria y por la libertad; aquellos intrépidos rivales de los mas temibles pueblos, los reyes de la mar, los piadosos guerreros que fueron á servir en Palestina la causa del Santo Sepulcro. Durante largos siglos dieron toda su sangre por la patria, y todo su oro por alzar estas obras del genio. Justo era que la patria reconocida les edificase este fúnebre palacio, el mas bello y magnífico de los panteones. Justo era que el genio reconocido lo adornase en su honor con sus mas sublimes creaciones. Después de la vida y animación de los combates; después de los peligros de los mares y de la tierra; después del gran ruido que hicieron en el mundo, era preciso para el descanso de su sueño eterno, el silencio de ese claustro mortuario.

Al salir del campo santo, no causa extrañeza el silencio que se nota en Pisa: compréndese entonces, que una ciudad inmediata á un monumento de este género, debe permanecer siempre muda: parece que la ciudad calla, por no turbar con ningún profano ruido el silencio del santuario de los muertos.

Difícilmente se hallará jamás en menos espacio de terreno reunidos cuatro monumentos mas sorprendentes y que llamen mas la atención del viajero, que el *Baptisterio*, la *Catedral*, el *Campo Santo*, y la Torre inclinada de Pisa, cuya vista presentamos en la lámina que acompaña á este artículo.

EL CONDE DE FABRAQUER.

MEDINA AZZAHRA.

EPISODIO HISTORICO.

(Conclusion.)

VI.

Entretanto el pueblo y gente de armas de Córdoba que profesaba gran odio á los berberiscos, juntándose en tropel, marcharon contra Medina Azzahrá, en persecución de Suleiman, y aunque no llegaron á tiempo de alcanzar á este caudillo, se vengaron con dar muerte á algunos que hallaron rezagados de su gente, y entregar al despojo y á la ruina cuanto quedaba intacto en los alcázares de Azzahrá (1). Así fué como quedó destruida aquella famosa fábrica, prodigiosa morada del placer y maravilla del arte, á los setenta años ó poco mas de su fundación.

Algunos años después el califa *Mohammed*, tercero de este nombre, por sobrenombre *Almostafí Billah*, penúltimo soberano de la dinastía de los Beni Umeiyas, que imperó por los años de 416-1025, restauró en parte el alcázar y jardines de Medina Azzahrá. Allí este califa, débil y afeminado, como todos los príncipes destinados á ser los postreros de sus dinastías y linajes, se entregó á su afición favorita de la música y la poesía, descuidando entre tales ocupaciones y los placeres el gobierno de sus estados y la guarda de las fronteras. Su mayor gusto y solaz se cifraba en conversar y aun rivalizar en certámenes de ingenio con los varones mas ilustres en letras y poesía que florecían á la sazón entre los árabes españoles y aun de allende el estrecho. Entre estos ingenios que frecuentaban la corte y trato de Almostafí, citan las historias con elogio al célebre wacir *Ebn Zeidun*, de quien volveremos á hablar mas adelante; á *Abdelmelic el Tabeni*, famoso por sus versos en Africa y Oriente; al wacir y alcatib (2) *Abdelwahib Abulmaquira*; al Cordobés *Abdelwahidi* que habia sido *walilcodhá* ó juez supremo en Xatiba; á *Abu Jaled Ebn Attares* y *Abul Jaulani* el de Beja. A este emir, por su flaqueza y por su intento de restaurar las delicias de Medina Azzahrá, alcanzó también la maldición de Allah. A los diez y siete meses de su gobierno se hizo tan aborrecible á sus vasallos que le destronaron, y de Medina Azzahrá le obligaron á refugiarse en Uclés, castillo de moros en tierra de Toledo, donde murió envenenado, segun se cuenta, por uno de

(1) Hé aqui las palabras con que el arzobispo don Rodrigo cuenta estos sucesos en el cap. xxxv de su *historia Arabum*: «*Zuleman cedens hostibus fugit ad Azafram in qua fuerat aliquandiu demoratus: Cordubenses autem Azafram communiter invaserunt et eos qui fugerant peremerunt et cetera rapuerunt.*» Es de notar que aquel historiador designa con el nombre de Azafra á Medina Azzahrá, pues sabida es la facilidad con que en aquellos siglos se permutaba la letra H en F ó viceversa, sobre todo en ciertas palabras tomadas del árabe, como en *Athomra*, que se corrompió en alombrá, etc. Merece asimismo advertirse el error en que han incurrido algunos historiadores que al hallar en el arzobispo y en Mariana este nombre de Azafra, creyeron que hablaban de la villa de Zafra en Extremadura; aunque la mucha distancia de aquel pueblo ofrece prueba suficiente contra tal opinión.

(2) Secretario.

sus antiguos familiares. Con este suceso y las guerras y estragos de tiempos tan revueltos, la ciudad de las flores vino á quedar enteramente asolada y desierta.

Así se cumplieron los inmutables decretos de Allah. Los vientos del otoño arrebataron las últimas hojas de aquel nido de cisnes, risueñamente recostado sobre la frondosa ladera del monte. La encantadora sultana de los alcázares, bella aún después de su muerte, quedó ostentando tempranas ruinas coronadas con algunas flores solitarias, últimos restos de sus asolados verjeles.

Los poetas árabes de Andalucía, y aun los príncipes y reyes, que también eran poetas en aquella nación, acudieron á buscar inspiraciones en aquellas pintorescas ruinas, llenas de deliciosos recuerdos de amor y gloria, y elocuentes testigos de la vanidad de las cosas mundanas. Entre los ilustres viajeros que visitaron aquellas ruinas, se contaron la noble poetisa Wallada y su amante Ebn Zeidun. Wallada era hija del mencionado califa Mohammed Almotacfi, y puesto que con la desgracia y muerte de su padre viniese á decaer de su estado y grandeza, todavía alcanzó mucha estimación entre los cordobeses por su extremada hermosura y su gran ingenio para la poesía. Habitó en el alcázar de Medina Azzahrá después de su restauración por el emir su padre, y encantada de la hermosura de aquellos lugares poéticos, aun después de su ruina, acudió á frecuentarlos y á evocar las dulces memorias de lo pasado, celebrándolas en sus inspirados versos. Allí acudió también, atraído por su amor y por el hechizo de aquellas solitarias ruinas, el famoso Abulwalid Ahmed Ebn Abdallah Ebn Zeidun. Había nacido en Córdoba en el año 394-1004, alcanzando gran renombre en la poesía y en la oratoria; pero habiendo incurrido en el desagrado del príncipe Abulwalid Ebn Chehwar, que en los últimos tiempos de los Beni-Umeyas gobernó casi como soberano en Córdoba, se vio precisado á huir, pasando algún tiempo en Medina Azzahrá. Entonces fué acaso cuando hallando en medio de aquellas poéticas ruinas á la bella é ingeniosa Wallada, concibió por ella la ardiente pasión que alimentó hasta su muerte. Cuenta un historiador que Ebn Zeidun, en el tiempo de su ostracismo, llegó una mañana á visitar á Medina Azzahrá. Allí después de recordar los tiempos venturosos en que el placer y las fiestas reinaban en aquellos lugares habitados por las hermosas huries y los gallardos mancebos, compuso una poesía que empezaba así:

«Amigos míos: ni el tiempo de la *alfitra* (1) me alegra, ni el día sereno y apacible; porque no hay solaz ni reposo para el que ve llegar la mañana y llegar la tarde con el corazón turbado por el amor.»

No traduciremos íntegra esta poesía, por interés de la brevedad; pero sí diremos que Ebn Zeidun, después de manifestar la pasión que le abrasaba, pasa á elogiar aquellos parajes de delicias, comparándolos al paraíso. Celebra sus tersos y brillantes mármoles, que reflejaban vistosamente las rojas luces del sol poniente, y las palomas azules que acudían en bandadas á poblar las sombras de sus frondosas arboledas.

Aquella pasión no hizo dichoso á Ebn Zeidun. Wallada que le amó en su juventud, le desdénó después, como lo manifiesta Ebn Zeidun en muy sentidos versos (2). Ebn Zeidun, herido por los engaños y por buscar su fortuna, pasó á Sevilla, donde se granjeó el afecto de su rey Abbad Almotadhid que le nombró su primer wacir ó ministro, encargándole todos los negocios del gobierno, y después de su muerte, mereció las mismas consideraciones á Almotamid, hijo y sucesor de Abbad, hasta que murió en Sevilla el año 463-1071, á los sesenta y dos de su edad. Compuso un *Diwan* ó colección de poesías, y un epistolario muy apreciado; y por la claridad y belleza de sus conceptos y estilo, fué llamado el *Bohtori* de Occidente (3). En cuanto á Wallada,

después de desdeñar á Ebn Zeidun, se enamoró del wacir Ebn Abdus, y con varia fortuna; pero siempre con la gloria debida á su ingenio, permaneció en Córdoba hasta su muerte, acaecida en esta ciudad año 484-1091 (4).

Otro peregrino ilustre que visitó las ruinas de Medina Azzahrá, fué el alfaquí Abulhusein Ebn Sirag, wacir ó ministro del rey de Sevilla, Almotamid Ebn Abbad, que por este tiempo dilató sus señoríos hasta Córdoba. Cuenta el mismo Abulhusein, citado por el historiador Ebn Jacan (2), que el vino cierto día con otros wasires y alcabices á Medina Azzahrá, donde se detuvieron recorriendo, de uno en otro, los desiertos, alcázares y moradas de recreo. Allí, apurando las copas del generoso vino por los oteros y cenadores, brindaron á las risueñas memorias de aquellos lugares deliciosos. Al fin se detuvieron á meditar; dice el autor árabe, en ciertos *raudhas* ó sitios frondosos y amenos, y reposaron sobre las verdes alfombras que tiende la primavera, esmaltadas con flores, y bordadas con las imágenes de las fuentes y arroyuelos, y del frondoso follaje de las arboledas, cuyas ramas se doblaban bajo la mano de los vientos. Las luces de la historia alumbraban ante sus ojos aquellos lugares, y se renovaban en su imaginación los días en que sus alegres moradores venían á reposar en sus sombras y espesuras, y cultivar sus florestas y jardines. Mas ¡ay! que en vez de los cantos de regocijo y los acentos del amor, ya no se escuchaba otro eco que el graznido de los cuervos ó cornejas posados sobre los ruinosos muros. Ya sus cobbas y pabellones se miraban desolados, y habían envejecido sus mancebos, y de toda aquella grandeza y poderío solo quedaban piedras derruidas y la nada.

Así pasaron la mañana los nobles viajeros entregados á tales pensamientos, hasta que ya entrada la tarde, llegó en busca de ellos un mensajero del rey Almotamid, que les entregó un papel donde se leían estos dos versos:

«El alcázar de los reyes, envidia por causa de vosotros al de Azzahrá; y por mi vida y por la vuestra no sin razón.

«Pues habeis aparecido aquí como Soles de la mañana, apareced también entre nosotros como Lunas de la tarde.»

Recibida tan galante invitación, luego Abulhusein y los otros wacires abandonaron las ruinas de Medina Azzahrá, para reunirse con su soberano Almotamid en el alcázar llamado del *Bostán* ó el huerto, junto á la puerta de Córdoba, nombrada *Bab Alatharin*, ó sea puerta de los perfumistas. En aquel palacio que era en extremo delicioso, pasaron el resto del día en alegre festín, apurando las copas de generosos vinos y renovando allí, como dice el autor árabe, los placeres de los famosos palacios el *Javarnac* y el *Sedir* (3).

Entre los poetas árabes que visitaron á Medina Azzahrá, no debemos pasar en silencio á Abu Ishac Ebn Jafacha, que como dice el mismo Almacari (4), era escritor en extremo feliz para la descripción de los objetos de la naturaleza, como los arroyos, las flores, los lagos y los verjeles. Este árabe, recorriendo la Andalucía, se detuvo algún tiempo en Córdoba, en donde admirando sus bellezas y particularmente las de Medina Azzahrá,

Walid, llamado el *Bohtori*, es uno de los príncipes de la poesía árabe y de los mayores ingenios que ha producido el Oriente. Fué contemporáneo y del mismo linaje que el famoso poeta Abu Temam, autor del *Hamasa*, que murió en 231-845.

(1) Acerca de Wallada, véase á M. Dozy en su mencionada obra, página 214 y siguientes; y á *Casiri, Bibl. Hisp. Arab. Escur.* I.-106 y II, 140.

(2) En su biografía del mismo rey Ebn Abbad, citada por Almacari I, 311.

(3) Nombre de dos alcázares ó palacios situados antiguamente cerca de Hira, ciudad del Irac ó Caldea, y muy celebrados en las historias orientales como maravillas del arte y moradas del placer. Noman, primero de este nombre, emir árabe, que reinó en Hira desde el año 390 al 418 de J. C., los hizo edificar por mano del famoso arquitecto Sennamar, para recibir y hospedar en ellos al príncipe Bahram Gur, hijo del rey de Persia *Yezdegerd*. *Sedir*, es un nombre árabe compuesto de las palabras persas *Seh* y *Dir*, que significan los tres pabellones. En los poetas árabes se halla frecuente mención de estos alcázares, como puede verse en la anthología árabe de Juan Humbert, París 1819, en las páginas 98, 99, 206 y 263. Véase también á Caussin Perceval: *Essai sur l'histoire des arabes avant l'islamisme*, etc. París, 1817, tom II, pág 34 y 55.

(4) Tom. I, pág. 432.

(1) Fiesta de los mohometanos, que viene después del ayuno del mes de Ramadán.

(2) Véanse estos versos en el *Catalogus codicum Orientalum*, Bibl. Acad. Lugduno Batavica, por M. Reinhart Dozy. Leiden, 1851; tom. I, pág. 250.

(3) El historiador Ebn Nobatha, copiado por Dozy. *Ibidem*, pág. 242.

compuso, entre otros, estos versos que respiran el sensualismo tan propio de la poesía árabe:

«¡Oh! andaluces: las perlas que ofreceis á Allah, son aguas y sombras, y arroyos y arboledas (1).»

«El jardín del paraíso no existe sino en vuestras moradas, y no concibo que pueda imaginarse cosa mas bella.»

«No temais pues al fuego del infierno; porque despues de entrar en el paraíso, no es posible condenarse (2).»

Los poetas árabes, en fin, ante el lastimoso espectáculo de aquellas tempranas ruinas, hallaron inspiración para muchas y sentidas elegías á su catástrofe y desolación: hé aquí los fragmentos de algunas.

De un poeta anónimo (3):

«Aun conservan su esplendor y hermosura aquellos aposentos, moradas del juego y del placer; mas ya no hay quien los habite, y yacen tristes y solitarios.»

«Las aves vuelan en derredor gimiendo por su infortunio, y ora enmudecen y ora vuelven á repetir sus voces lastimeras.»

«Y pregunté á una de aquellas aves cantoras que en la tristeza de su acento y en su aire de terror indicaba la pena de su corazón.»

«Y la dije: ¿por qué te quejas y suspiras, ó ave?—Y ella me respondió:—«Por el tiempo que pasó, y no ha de volver jamás.»

Si estos versos rebosan en melancólica poesía, no se advierte menos dulzura y sentimiento en los siguientes del célebre *Abulcasim Assomaisir* (4).

«Me detuve en Azzahrá para meditar y tomar ejemplos (de la vanidad de las grandezas mundanas); y entregado á tales consideraciones lloré á los que perecieron.

«Y dije; ¡oh, Medina Azzahrá! reanímate y torna á tu vida y esplendor.» Y ella me respondió: ¿Cómo ha de volver el que ya es muerto?

«Y no dejé de llorar y llorar por ella: mas no es razon el proseguir mas tiempo en tan inútil llanto.»

«Porque ya de la pasada hermosura solo restan vanas huellas y lágrimas por los que murieron (5).»

Mas elocuentes todavía, si mas breves, son los siguientes versos con que lloró la ruina de Medina Azzahrá el famoso poeta y wacir *Abulhazm Ebn Chehwar* (6).

«Dije cierto día á la casa cuya familia desapareció: ¿Dónde están tus moradores que eran ilustres y potentes sobre nosotros?»

Y respondió: «Aquí se detuvieron breve tiempo; pero despues marcharon y no sé á dónde (7).»

Pero donde se ven expresadas y reunidas tales ideas en un cuadro mas completo de sentimiento y aun de filosofía, es en la breve elegía que vamos á traducir, cuyo original se halla en

prosa rimada y que pondrá fin dignamente á nuestras tareas y estudios sobre Medina Azzahrá.

«Tales fueron, dice el escritor Abu Nassr Alfath (1), los lugares habitados por los Beni-Umeyas: en ellos gozaron de poder, de reposo, de prosperidad y de placeres; mas ya los arrebató de allí la mano de la muerte. Hoy solo viven en las historias; y solo su alimento se reduce á los aromas que se queman por los muertos y al polvo de los sepulcros. Los azares y alteraciones de la fortuna han desfigurado su rostro. Ya en sus desiertos alcázares no se escucha otro acento que el graznido de siniestras aves y el lúgubre silbido de los genios, y ya despojados de sus brillantes adornos, solo el buho viene á visitarlos cuando anochece. Allí donde reinaron en otro tiempo la majestad y la fortuna, hoy se miran igualmente confundidos el héroe y el flaco de corazón, el poderoso y el miserable. Tal es el mundo: sus obras de hoy no son mas que ruinas para mañana, y sus esperanzas, en lo fugaces y engañosas, se asemejan al vapor del *sarab* (2). Perecieron las mujeres dotadas de graciosos hoyuelos en sus mejillas, y todo pasó para nunca volver.»

Al poner fin á nuestro relato de la fundación, sucesos y ruina de Medina Azzahrá, creemos del caso advertir que no debe confundirse á esta población y sitio real con otro llamado *Medina Azzahira*, ó la Floreciente, que suena en la historia de Córdoba, durante el reinado de Hixem II (3).

Fundóla el famoso y terrible Almanzor á la parte del oriente de Córdoba, sobre las riberas del Guadalquivir, por los años de 368 de la hegira (979 de J. C.), cuando arrogándose el poder supremo, y habiéndose atraído muchos émulo y enemigos en la corte del califa, temió ser asesinado por ellos al asistir en su alcázar. Almanzor pues la edificó á modo de fortaleza, rodeándose allí de su numerosa guardia y servidumbre, con que pudo conservarse en el poder hasta su muerte, dejándolo como en herencia á sus hijos. Así lo cuenta el célebre historiador Ebn Jaldún, citado por Almaccari (4).

Pero de la fundación, bellezas y recuerdos históricos de *Medina Azzahira*, rival de Medina Azzahrá (5), en el nombre, en la suntuosidad de sus alcázares y en la amenidad de sus verjeles, aunque no la igualó en toda su magnificencia, hablaremos mas á propósito en un ensayo biográfico sobre la vida y hechos del famoso Almanzor, de que acaso nos ocuparemos mas adelante, ajustándonos igualmente al relato y autoridad de los historiadores árabes.

J. JAVIER SIMONET.

FIN.

(1) La poesía árabe, nacida en clima tan seco y ardiente, no concibe imágenes mas bellas que las de fuentes, praderas, nubes, el rocío de la mañana y todo lo que es sombra y frescura. Arroyos y sombras son los mayores encantos con que Mahoma embellece la mansion dichosa del paraíso. Cuando los árabes en sus conquistas señorearon á España y otros países mas amenos que la cuna de su nación, realizaron en ellos aquellos sueños de su poesía, fundando á Medina Azzahrá, el Generalife y otras tantas moradas llenas de las delicias de la naturaleza, ricas en aguas y en frondosidad.

(2) Almaccari I, 451.

(3) Citado por Almaccari I, 344.

(4) *Abulcasim Jalaf Ebn Farag*, llamado *Assomaisir*, floreció en el último tercio del siglo v de la hegira, xi de nuestra era, y fué uno de los muchos poetas que merecieron los favores del rey de Almería, *Mohammed Ebn So-madhi*. *Amotassim* gran protector de las letras, que reinó desde el año 443 hasta el 481 de la hegira, 1044-1091 de J. C. Véase á Dozy, *Recherches sur l'histoire pol. et littér. de l'Espagne pendant le moyen âge*, Tom. I, p. 106 y siguientes.

(5) Almaccari I, 346 á 347.

(6) Fué wacir ó ministro de los últimos califas Beni-Umeyas, y á la caída de estos monarcas fué elevado al solio de Córdoba, que ocupó desde el año 421-1030, al 435-1043. Por las grandes prendas que le adornaban, en especial por su prudencia, ingenio y erudición, es muy celebrado de los historiadores de aquel tiempo.

(7) Almaccari I, 345.

(1) Citado por Almaccari, vol. I, pág. 415.

(2) El *sarab* es una especie de niebla ó vapor que suele aparecer en lo desiertos á la hora del mediodía, semejando á larga distancia un estanque ó arroyo de agua. El caminante sediento, engañado por la apariencia de lo que mas anhela, suele apresurar su marcha hácia aquella parte; pero despues que la fatiga aumenta su ardor y sed, es mas triste el desengaño que sufre al reconocer su error.

(3) Medina Azzahira estuvo situada en la *Azarquia* ó oriente de Córdoba, confinando con el arrabal llamado *Medina Alática*, ó sea la ciudad antigua.

(4) Pág. 380 á 381 del vol. I.

(5) A propósito de Medina Azzahrá y Medina Azzahira, se lee en la mencionada obra del señor Madrazo, pág. 470, el siguiente hermoso pasaje: «Azzahrá y Azzahira ocupan con la galana y soberbia Córdoba, cúpula del Islam, tierra de sus guerreros, trono de los sultanes, una extension de diez millas de tierra florida en que brotan sin cultivo el azahar y la rosa, y esas diez millas de paraíso terrenal están de noche iluminadas por una sola hilera de fanals tan unidos entre si que forman una zona de deslumbradora luz».

EL ULTIMO BENI-OMEYA.

LEYENDA MORISCA.

POR DON VENTURA GARCIA ESCOBAR.

CAPITULO PRIMERO.

I.

LA VELADA.

En la Medina española,
Ceca de los musulmanes,
Que baña esplendido río
Con perfumados cristales,
Y á lo largo de una vega,
Cual sierpe de luz jigante,
Borda con rápido giro
Los verjeles de su cauce;
En una ciudad que cuenta
Por los siglos sus edades,
Que ayer vivió reina altiva,
Y que hoy viuda y triste yace,
Vive la mora mas bella
De los moriscos linajes,
El ángel de la hermosura,
Si el mundo habitan los ángeles.
Djida, la cándida Djida,
Vaso de rosas fragante,
Flor del rocío esmaltada,
Paloma de albo plumaje,
Fuente de luz y armonía,
Blanca gacela del valle!
Djida, con su faz de cielo,
Sus quince años no cabales,
Su voz de cisne que muere,
Sus ojos de sol que nace,
Su tez de nieve y de fuego,
Su cinta de feble sauce,
Y con su beldad divina,
De la houri de Islam imágen,
Es el pesar de las damas,
El placer de los galanes,
La emperatriz de las fiestas,
La reina de los combates,
El altar de los suspiros,
El númen de los cantares,
Y el sacro ideal, en suma,
Que soñó en su ardor el árabe.

Por los amores de Djida
Loco anda el bueno de Zayde;
Que en una fiesta moruna
Viéndola el mozo una tarde,
Quedó prendado hasta el alma,
Si el alma conserva amante;
Y entonces se hizo señora
De sus pensamientos grandes
La niña, de faz de cielo,
De quince años no cabales.

Al pié de sus celosías
Exhala el triste sus ayes;
Cantigas de amor dolientes
Da con su cítara al aire.
Sus corceles por el día
De Djida atruenan la calle;
Y unas tras otras las noches
Frente á sus rejas ampáranle.
Señas, miradas, finezas,
Galas, trofeos, alardes,
Y cuanto de hermoso y noble
Amor inspira en sus artes,

Por los amores de Djida
Agota el bueno de Zayde.
Pero al fin una velada,
Entré otras muchas, bien tarde,
Cuando del doncel cuidando
El eco sentido y suave
Entre un dulcísimo acorde
Perdíase por los aires,
De un mirador trasparente
El cristal pintado ábrese.
Y un listón, que á la azucena
Robó su cándido esmalte,
Y del éter causa celos
Al purísimo celaje,
Descendiendo por los auras,
Sobre él blandamente cae;
Cual se posa en la palmera
Leve y vaporosa el ave,
Plegando las blóndas plumas
De vivísimos cambiantes.
Loco de alegría el mozo
Recibe el feliz mensaje;
Sobre el corazón le estrecha,
Llévale á su labio amante,
Y mirando sus colores
De la luna al rayo frágil,
Con lazadas misteriosas
Le arolla al verde turbante.
Y llegando á su overo,
Que arrendado estaba á un sauce,
Salta en él y destrozando
Los sonoros pederuales,
Con los amores de Djida
Loco va el bueno de Zayde.
Pues blanca y azul la banda
De emblemático lenguaje,
Son sus colores de Djida
Los colores virginales.
Y las trovas, las finezas,
Las veladas de la calle,
Y del amador las cuitas
Y de amor las tiernas artes,
Así del doncel moruno
Premiar á la niña place,
Aquella de faz de cielo,
De quince años no cabales.

(Continuará en el núm. inmediato).

SONETO.

En una tarde del abril florido
Vagaba yo por la enramada umbría,
Y oí que un triste ruiñeñor gemía,
Como de fiero cazador herido.

Vile girar en rededor del nido,
Mientras su pecho de temor latía,
Exhalando con dulce melodía
El eco de su canto dolorido.

Cref que el desdichado lamentaba
De un pastorecillo la malicia fiera
Por haberle robado sus hijuelos.

Mas ¡ay! el pobre ruiñeñor lloraba
Porque infiel le dejó su compañera.....
¿Y quién no ha de llorar si tiene celos?

J. DE DIOS DE MORA.

MADRID.—Imp. de M. GALIANO,
Plaza de los Ministerios, 3.

REVISTA DEL MES DE JULIO

DEL

SEMANARIO PINTORESCO

ESPAÑOL.

EL CALOR. — LOS PASEOS. — VACACIONES. — TEATRO DE VERANO. — REBELION VENCIDA EN MADRID. — ESCENAS DE LA INUNDACION EN FRANCIA. — BAUTISMO DEL PRÍNCIPE IMPERIAL FRANCÉS. — MODAS. — EL MIRINQUE.

Hay un refran español que dice, que «en Madrid hay nueve meses de invierno y tres de infierno.» Vive Dios, que apenas ha llegado el mes de julio, ha quedado completamente justificado el adagio en su segunda parte!

El sol despierte sus vibrantes rayos sobre los habitantes de la M. H. y coronada villa, caldea sus calles, y el hálito abrasador que por ellas circula, las convierte en un verdadero horno. Como la policía urbana no ha sido en lo que mas se han distinguido las administraciones populares, cualquiera que haya sido el color político á que hayan pertenecido, el polvo y los pestilentes miasmas que se levantan en las últimas horas de la tarde, envuelven la coronada frente de la antigua metrópoli de dos mundos.

Madrid no recibe, cual otras capitales, la fresca brisa de algun caudaloso rio; el pobre Manzanares, avergonzado del exiguó caudal de sus aguas, se sumerge entre la arena, y al pasar por delante del alcázar de los reyes de Castilla, parece, mas que rio ó arroyo, un sucio albañal: achaque antiguo, porque ya en su tiempo Tirso de Molina, al hablar del Manzanares y del famoso puente de Segovia, habia dicho:

«Ya que á vista de Madrid
Y en su puente segoviana
Olvidamos, Doña Juana,
Huertas de Valladolid....
Ya que nos traen tus pesares
A que de este insigne puente
Veas la humilde corriente
Del enano Manzanares,
Que por arenales rojos
Corre, y se debe correr
Que en tal puente venga á ser
Lágrima de tantos ojos !....»

Solo se ve el agua del Manzanares, cuando ahondando en la arena con el azadon el bañista, forma una zanja, que decora con el pomposo título de *baño*, y cuyas paredes, formadas de sucias y viejas esteras, corresponden dignamente con su interior.

Los baños son, pues, un objeto de lujo en Madrid. Hay que irlos á buscar á las casas destinadas para estos, y como estas no se hallan en correspondencia con la poblacion, hay que aguardar mucho tiempo antes de que le toque á uno el turno y la bienaventurada hora en que pueda refrescarse. Sin embargo, cuenta Madrid cerca de cincuenta establecimientos de esta clase, á cuya cabeza se hallan los de la casa de Cordero, que se

distinguen por su limpieza y elegancia; por sus grandes pilas los de Berete, y por sus aguas los de Santa Bárbara, Guardias de Corps, y Delicias.

Madrid tiene la ventaja de tener dentro de puertas hermosos paseos, donde á la caída de la tarde puede respirarse algo. El Retiro, para los que desean respirar el aire de las alturas y dominar un vasto horizonte, es bastante buen paseo, pero demasiado solo por la noche; así es que á esta hora toda la gente se concentra en el Prado.

El Retiro es el paseo de las gentes que madrugan, y que van por la mañana á disfrutar la fresca brisa y el aroma de aquellos jardines; pero es poco concurrido, y solo se ven en él algunos hombres estudiosos, que van leyendo con sus libros en la mano, ó algunas enamoradas parejas, que puestas de acuerdo anteriormente, se hacen encontradizas en aquellas inmensas alamedas.

El Prado es el paseo favorito de Madrid; pero por una aberracion que no comprendemos, lejos de buscar la calle de enmedio, la mas ancha y desahogada, las gentes se concentran en la mas estrecha, á la que se le ha dado por su elegancia el nombre de *Paris*. Allí es en algunas tardes tanta la confusion, que lejos de tomarse el fresco, se recibe un calor sofocante, y que casi puede producir una verdadera asfixia.

Sin embargo, en este mes se ve un poco menos concurrido, en razon á que hace unos cuantos años ha introducido la moda la costumbre de salir á veranear.

Unos marchan á Francia, otros á Inglaterra, otros á recorrer las orillas del Rhin; mas esta clase de viajes es solo para los *felices de la tierra*, esto es, para las gentes que tienen bastante fortuna, porque los demás se contentan con extender sus viajes modestamente á la Granja, al Escorial, no pasando algunos de Pozuelo de Aravaca, de los Caravanchales y Villaviciosa.

Otros, que quieren pasar por personas elegantes, y como uno de los puntos principales de la elegancia, es salir fuera de Madrid, no teniendo medios que les permitan pasar los Pirineos, ni aun salir á las inmediaciones, se encierran herméticamente en sus casas, y parodiando las costumbres de los lores pobres de Inglaterra, dan orden á sus criados de que manifiesten se hallan fuera, cuando vengán á preguntar por ellos, y únicamente salen de tapadillo por las noches y por las mañanas.

Estos se exponen al terrible percance de que alguno de sus amigos madrugadores pueda encontrarlos y revelar su fatal secreto, destruyendo la fama y celebridad de su elegancia.

Julio es un mes consagrado al descanso. Los tribunales se hallan de vacaciones, la universidad ha cerrado sus aulas, y los jóvenes, despues de haber trabajado, ó no trabajado, durante

Núm. 1.º — 3 DE AGOSTO DE 1856.

el curso, marchan á sus casas á disfrutar el descanso, hasta el próximo mes de octubre, en que vuelven á comenzar las tareas universitarias. Uno de los espectáculos que se ha presentado en este mes, ha sido la recepción de los grados de licenciado y de doctor en la universidad de Madrid. Jamás asistimos nosotros á estas pompas universitarias, en que se despliega toda la gala de las ciencias, en que concurren todos los hombres mas eminentes, y á que asisten llenas de emocion las familias de los jóvenes que han concluido su carrera literaria, y van á recibir el laurel de las ciencias, sin sentir la misma emocion, el mismo sentimiento de respeto que sentíamos en los primeros años de nuestra juventud.

Estas fiestas universitarias son verdaderamente una fiesta de familia. En ellas se presentan una multitud de jóvenes, que habiendo terminado su carrera literaria, cambian, digámoslo así, la toga de la juventud por la toga viril, para dejar de ser jóvenes y entrar en la carrera del mundo, lanzándose á la gestión de los negocios públicos.

No solamente están de vacaciones los tribunales y la universidad, sino tambien los teatros, con gran disgusto de los aficionados al arte escénico. Todas las compañías se han disuelto, y sus actores, huyendo tambien del calor, han marchado á las provincias, donde al par que toman el fresco de los baños, hacen una buena especulacion, dando representaciones, cuyas entradas son seguras, porque en provincias solo en verano se goza la fortuna de admirar y ver á los actores de la corte.

Madrid solo tiene abierto un teatro, si tal nombre merece el salon del Circo de Paul, en la calle del Barquillo, al que se le ha bautizado con el pomposo nombre de *Teatro de verano*. Allí Dardalla, con su inseparable compañía del género andaluz, da todos los dias dramas y piezas que seguramente no darán al extranjero que visite en el verano la corte y asista al teatro, una idea muy alta de nuestra literatura. Este teatro está especialmente consagrado á celebrar las proezas de los contrabandistas, de los bandidos y de la gente del bronce de Andalucía, cuyas historias antes solo podia hallar el pueblo en los romances de los ciegos, y que hace algunos años se ha tenido el mal gusto de darlas vida y movimiento, sacándolas á la escena. En cuanto á teatros, Madrid podria envidiar en el verano seguramente á cualquiera capital de segundo orden!!!

El mes de julio ha presentado un suceso muy marcado. El acontecimiento político de un cambio de ministerio ha hecho que estallase en Madrid un movimiento, en que luchando en las calles los adversarios del gobierno con las tropas de este, ha corrido abundantemente la sangre, y durante tres dias han estado encerrados los habitantes en sus casas, por el horrible fuego de fusilería y artillería que resonaba en todas sus calles.

Cuenta la fábula que en tiempo del rey Minos, los habitantes de la isla de Creta se veian obligados á entregar todos los años siete jóvenes y otras tantas doncellas, para satisfacer el apetito de un monstruo llamado *Minotauro*. Un hombre, un príncipe, un semidios, mató al minotauro.

¿Quién libertará nuestro país de la guerra y de la revolucion?

¿Qué era el Minotauro comparado con esa hidra de mil cabezas que absorbe los hombres, por centenares, por millares, que cambia los campos de trigo en campos de batalla; que hace empapar la tierra en sangre como en agua; que obliga á los pueblos, bajo pena de destruccion completa, á colocar á los hombres en fila, como los árboles de los bosques para ser cortados; que cada año arrebató á la familia, á la agricultura y á la industria una parte de la poblacion; que hace viudas á centenares y huérfanos á miles; que destroza el corazon de las madres y de las esposas, y que hace apartar con terror la vista de la gloria adquirida á tan caro precio?

¿Quién librará al país de tantas revoluciones como vienen agitando hace medio siglo?

Restablecida la calma despues de la batalla, la poblacion entera ha recorrido las calles, como en los dias de mayor festividad, serena y tranquila, para ver en las calles los estragos causados en los edificios públicos, en donde se habia sostenido la lucha:

terribles son siempre, aunque necesarios, estos estragos. ¡Ojalá sean los últimos que presencie la capital de la monarquía!

En Francia, las continuas lluvias del mes de julio han ocasionado considerables crecidas en los rios y producido grandes inundaciones. En uno de nuestros números de *El SEMANARIO*, al hacer la descripción del Ródano, hemos dado á conocer á nuestros lectores la actividad, el celo, la prontitud con que el emperador Napoleon, cual la providencia de la Francia, ha acudido al sitio de tantos daños.

¡Ay! terribles han sido las consecuencias de las inundaciones del Ródano, del Saona, Loire, del Indre, del Loiret, del Cher, etc., etc., que han presentado episodios que merecen sobrevivir en el recuerdo de los hombres.

El 31 de mayo será una de las fechas fatales para Lion. Cuando el dique de la casa de oro se rompió, el agua invadió los cuarteles bajos de los llanos del Este, con una inaudita rapidez. El toque de alarma sonaba en muchos puntos; los gritos se propagaban á lo lejos; pero el azote corria mas ligero sobre la tierra que el sonido en el aire.

Toda la tarde, toda la noche se ocuparon en salvar á las gentes, y continuó la emigracion. A cada instante, barcas y ómnibus depositaban á los desgraciados en la plaza de Clever, que únicamente habia quedado libre. En los grupos, de un aspecto lastimoso, los gemidos y los sollozos estallaban; las mujeres buscaban á sus maridos y sus hijos; estos llamaban á sus madres. Todo expresaba la mas triste, la mas cruel desolacion.

Una mujer marchaba estrechando contra su seno un niño pequeño: no era suyo! Se lo habian dado á guardar, y buscaba á sus padres que se habian separado de ella. Los ancianos lloraban como niños.

Mr. X..., empleado superior de la administracion, cuya familia habita durante el estío una casa de campo de Gharpenes, habia, durante toda la noche del 31 de mayo, trabajado en la consolidacion del dique, cuando de repente se rompió. Mr. X... se apodera de una barca, y se dirige á su casa, donde encuentra toda su familia. Salva á su madre y sus hijos mas pequeños. Pero mientras los conduce á lugar seguro, la inundacion hace nuevos estragos. Durante dos horas, el desgraciado padre lucha vanamente para alcanzar su casa y salvar aun á su mujer y á su hija. Difícil es expresar su angustia y su desesperacion. Las dos mujeres consiguen subirse á un árbol, y le alargan sus brazos suplicantes; pero cada movimiento impreso á la barca la hace tropezar contra una pared oculta en el agua, y la repele sin cesar.

Mr. X... amarra su embarcacion al tronco de un árbol, se arroja á las olas, y alcanza bien pronto el árbol sobre que están refugiadas las dos mujeres. Entonces pasa una de esas escenas que la pluma no puede describir. Mr. X... no puede salvar mas que á una, y la madre y la hija quieren cada cual ceder su lugar á la otra: los momentos son preciosos; el árbol cruje... algunos minutos mas, y va á hacerse pedazos; durante estos momentos de abnegacion heroica, Mr. X... divisa una barca tripulada por pontoneros, y da desesperados gritos: es oído, y bien pronto aquella madre y aquella hija tan digna la una de la otra, estrechan en sus brazos los parientes que no esperaban ver mas.

Casi al mismo tiempo, una mujer llevando dos niños en los brazos, y otro tercero colgando á las espaldas, baja apresuradamente de su casa para entrar en una barca que aguardaba abajo. En el momento que pone el pié sobre la última escalera, se viene abajo; se la escapa un niño, y cae al agua; quiere contenerle, y en este brusco movimiento, los otros dos se le escurren y ruedan al féretro comun, y la desgraciada madre ve perecer á su vista á sus tres hijos!

Otra desgraciada madre y su hija de diez y ocho años, se habian refugiado sobre el balcon de su cuarto, para bajar á una barca que se dirige hacia ellos. De pronto la casa se hunde, la madre es precipitada en el agua en donde desaparece. Por un acaso providencial, la joven queda suspendida sobre el abismo, sujeta por las faldas á un poste de la fachada; despues de una

hora, lograron los marineros arrancarla de tan terrible posición.

Un perro ha salvado ocho personas en Charpennes. Cuando se rompió el dique, se envió inmediatamente á la localidad es-cuadrones de dragones que llamando á las puertas con el pomo de sus sables, advirtieron el peligro. En una casa una familia entera no había oído la señal; pero el perro vela. Se lanza sobre la cama del amo, y hace trizas con sus dientes las colchas; este se despierta al fin, y reúne su familia: apenas salían del dintel de la casa, cuando se hundieron las paredes.

Las mismas desgracias han sucedido en Orleans, en Tours, y en todo el curso del Loire y del Loiret. Ejemplo: la catástrofe del puente Olivet en Loiret. El puente de Olivet presenta el aspecto del desórden y de la desolación. Apenas se ven sobrenadar sobre el nivel de las aguas, fragmentos arrancados como las ramas de los árboles. No hay orillas. Todas aquellas márgenes floridas de bosques de sauces, y que en esta época ofrecen una vista tan pintoresca, están sumergidas bajo una agua amarillenta y fangosa agitada por las corrientes.

Una barca conducida por uno de los mejores y mas intrépidos barqueros de Olivet, había recogido cinco personas, dos de ellas eclesiásticos. Los pasajeros no pensaron mas que pasar de largo, y sin conocer el peligro, atravesaron por el puente hablando con sus parientes y sus amigos que se encontraban en el parapeto de él. De pronto la barca es atraída por una corriente; el barquero quiere con su remo retener la embarcación. ¡Vanos esfuerzos! el agua los atrae hácia un remolino formado por el arco del puente que no tiene mas que un pie de altura entre el arco y el agua. La barca zozobra, y las cinco personas fueron precipitadas en el río.

La multitud era numerosa en el puente; un grito de terror y de espanto se escapa de todos los pechos, y pronto se vió al otro lado del puente los cinco naufragos combatiendo con las olas. La corriente que los había tragado, los arrojó á la superficie: gritan, luchan, y después de desesperados esfuerzos, sus manos se agarran á las ramas de los sauces, cuyas puntas sobresalían en las aguas. Sobre tan débil punto de apoyo, la situación de aquellos desgraciados era aun muy peligrosa. Se aproximaron por todas partes para salvarlos. Un marinero se precipita en una barca, pero la débil embarcación, falta de remos, es un nuevo peligro. Una nueva barca, mejor tripulada, es dirigida por el comisario de policía de Olivet que hacia tres dias se había encargado de salvar multitud de desgraciados: llega la barca á los que resistían desesperadamente á la violencia de las olas. Los salvaron!...

Empero uno de ellos había desaparecido: era uno de los dos sacerdotes. Aquel desgraciado había sido llamado por uno de sus colegas para ayudarle en su ministerio, y había querido abrazar á su familia, antes de volverse á su parroquia.

En muchas aldeas, los cementerios han sido devastados por el torrente; los cadáveres arrancados, arrastrados en monton y revueltos con las habitaciones de los vivos; de modo que estos tratan en vano de reconocer sus muertos en estos registros de cráneos, de huesos y de miembros dispersos.

Como en la vida humana los sucesos faustos y alegres vienen en pos de los tristes y azarosos, el imperio francés ha distraído en parte su atención de estas desgarradoras escenas, con el bautizo del príncipe imperial.

El 14 de junio se ha celebrado en París el bautismo del príncipe imperial, este príncipe que ha venido á consolidar la dinastía Napoleónica, y que introduce en el trono imperial de Francia la noble sangre española de los Guzmanes. El príncipe imperial, hijo de Napoleon III y de la emperatriz Eugenia, condesa de Teba, ha tenido por padrino en las fuentes bautismales al sumo Pontífice Pio IX. Excusado es hablar á nuestros lectores de la pompa con que se ha verificado esta augusta ceremonia, digna de la majestad del emperador Napoleon y de la capital del mundo civilizado en que ha tenido lugar.

No es esta la primera vez que los soberanos pontífices han ejercido las funciones de padrinos. Les papas han dispensado

este privilegio y raro favor á algunos príncipes. Sin embargo, el número de bautismos pontificales no ha pasado de diez y ocho en un período de cerca de once siglos. Abierto en 781 por el príncipe francés, Pepino, hijo de Carlo-Magno, que tuvo por padrino al Papa Adriano I, ha quedado cerrado por otro príncipe francés hijo de Napoleon III y la emperatriz Eugenia. Pero nunca intervinieron los papas personalmente en estos bautizos. La razón es muy sencilla; la mayor parte de los bautismos reales se celebran lejos de la residencia pontifical; y aun en los bautismos celebrados en Roma por los papas, en consideración á su dignidad de Vicarios de Jesucristo sobre la tierra, se hacían representar por procuración.

El representante designado por Pio IX en estas circunstancias ha sido su eminencia el cardenal Patrizzi, legado extraordinario á latere.

El título de legado á latere es la mas alta expresión diplomática en la corte romana; los á latere pueden ser ordinarios ó extraordinarios. Al primero confía el soberano pontífice el gobierno de una provincia del Estado eclesiástico; al segundo le delega el papa el derecho de representarle, sea en la apertura ó presidencia de un concilio, sea mandándole á una testa coronada á la que quiere mostrar un afecto particular, sea para terminar un negocio grave ó por una ocasión imprevista, pero urgente de necesidades ó de los derechos de la iglesia.

Se llama este legado á latere, porque la suprema gerarquía escogía para la misión, uno de esos consejeros íntimos, una parte de sí mismo que se desprende, digámoslo así, de su lado. En el tiempo del grande esplendor pontifical, el nombramiento de un cardenal á latere era siempre un suceso gravísimo en Roma. Este era el ceremonial que se usaba para estos casos en los siglos XVI y XVII.

Cuando el papa declara un cardenal á latere le da la cruz, dicen las crónicas eclesiásticas, y lo hace en consistorio secreto. Terminado este, se lleva al legado, acompañado de todo el sacro colegio hasta fuera de la puerta Angélica, si el consistorio se ha verificado en el Vaticano, ó de la puerta Flaminia (del Pópolo) si se ha celebrado en el Quirinal. La comitiva va como cuando un cardenal va á recibir el capelo, es decir, que sus Eminencias reverendísimas montan en caballos y van seguidos de su corte y libreas. El legado va el último entre los dos primeros cardenales diáconos. La cabalgata se para bajo el arco de la puerta triunfal; desde aquel momento el legado no puede dejarse ver públicamente en Roma, aunque le sea permitido volver á entrar de incógnito. El día de su marcha, cuando el cardenal ha llegado á la cuarenta piedra miliaria, donde se termina el *Pomerium* pontifical Urbano, hace levantar su cruz de legado. Esta cruz procesional es el signo exterior de la misión del legado, y tiene derecho á llevarla levantada delante de él en todo su viaje, como el mismo Papa se hace preceder de la cruz en la ciudad de Roma. Igualmente desde la cuarenta piedra miliaria comienza el legado á echar la bendición al pueblo.

Tal fué el ceremonial observado en Roma cuando se envió un legado á latere cerca de Luis XIV, con misión de representar al papa Clemente IX para el bautismo del duque de Borgoña. Desde aquel tiempo se han modificado singularmente las tradiciones del ceremonial. Roma misma ha creído deber simplificar el nombramiento y la marcha de sus altos embajadores. El último legado á latere nombrado, fué el cardenal Caprara, encargado por el papa Pio VII de venir á París á poner en ejecución el concordato celebrado con Napoleon Bonaparte.

Los presentes, los regalos enviados por los papas con ocasión de los bautismos pontificales, han variado frecuentemente. Sin embargo, dos ha habido siempre en uso, por decirlo así, invariables: estos son, la envoltura primero, y la rosa de oro después.

Clemente VIII, con motivo del bautismo de Luis XIII, que se verificó en uno de los patios de Fontainebleau, fué el primer papa que envió una envoltura bendita, llamada en Italiano *Fascie benedette*. Los sucesores de Clemente VIII aceptaron la innovación de este pontífice, y quedó en uso la envoltura

bendita para todos los primogénitos de los soberanos católicos, ahijados ó no del papa. Muchos de los príncipes de Francia la han recibido. En España la reina Isabel recibió también de Pío IX la envoltura para la princesa de Asturias, y mas tarde, como la acaba de recibir la emperatriz Eugenia, la *rosa de oro*.

Esta rosa es generalmente el regalo destinado á la madre del ahijado del papa. Los liturgistas están lejos de convenir y estar acordes sobre el origen y la historia de esta gracia, símbolo de la fé, que vivificada por la gracia, crece, se desenvuelve y florece para la vida eterna. Los unos hacen subir el origen al siglo vi, y lo atribuyen á S. Gregorio I; los otros creen que esta rosa sea anterior á S. Leon IX, hácia el año 1080, pretendiendo otros que el origen no se remonta mas alto que al principio del siglo xiii. Sea de esto lo que quiera, la rosa de oro es un presente simbólico de una respetable antigüedad. Esta rosa se bendice por los papas el cuarto domingo de Cuaresma, y se envia por ellos ó á los santuarios mas célebres como prenda de devoción, ó á las princesas católicas en muestra de afecto paternal. El uso ha consagrado la forma de este símbolo, desde hace algunos centenares de años, en la de un arbusto saliendo de un vaso. El tallo tiene poca elevación; se divide en muchas ramas cargadas de hojas, de capullos y de flores. Sobre una de estas ramas se mece una rosa mas grande y mas abierta. Una cápsula hay en el centro de su corona, y en ella el papa mismo introduce diversos perfumes al pronunciar las oraciones y echarla la bendición.

Desde su exaltación al trono pontifical, Pío IX, este soberano tan venerable, tan clemente, tan bueno tan experimentado en las desgracias que han agitado su pontificado, ha sido padrino de otros dos niños reales: en 1847 el nuncio de Turin, monseñor Antoniechi, recibió la misión de representar al papa como padrino de la hija del duque de Saboya, hoy rey, Víctor Manuel. La joven princesa fué llamada María Pia. Dos años mas tarde, en época bien triste y desgraciada para el pontificado y toda la iglesia católica, el 7 de marzo de 1849, Pío IX, refugiado entonces en Gaeta, en el reino de Nápoles, tenía en sus manos sobre las fuentes bautismales en la catedral de aquella ciudad una hija del rey Fernando II y de la reina María Teresa.

Antes de abandonar el reino de las Dos Sicilias, para restituirse á su capital libertada por las armas de los ejércitos franceses, á que también había cooperado con la ocupación de parte de los Estados Pontificios el ejército español, mandado por el general Don Fernando Fernandez de Córdoba, había ofrecido la rosa de oro á la reina madre.

Aun cuando el papa Pío IX no fué el padrino de la excelsa princesa de Asturias, hija de nuestros reyes, la mandó la envoltura sagrada, y regaló á la augusta reina de las Españas la rosa de oro como prenda de su afecto y de su amor paternal.

JOSÉ MUÑOZ GAVIRIA.

MODAS.

Hemos entrado en la estación rigorosa de los calores. A los frescos y hermosos días de primavera han sucedido los calores de junio y julio. La moda también ha variado: ha arrojado de sí las ricas y tupidas telas, y ha sido reemplazada por los ligeros bareses, organdis, por las graciosas granadinas, las ligerísimas muselinas de la India, y los lindísimos fulares, linon, gasas, crespones, etc., con que se adornan nuestras graciosas españolas. Estos vestidos, no tan caros como los de invierno, suelen por sus adornos subir á bastante precio, por lo cual no todas las clases pueden engalanarse con ellos. Pero como la moda, señora muy precavida, lo mismo sirve para el rico que para el pobre, tiene otras telas sencillas y baratas, con las cuales se visten nuestras hijas del pueblo. No podrá nunca el

elegante barés ponerse en lucha con la sencilla indiana y las preciosas chaconadas. La pita, mas moderna en su origen que estas dos últimas, ha adquirido, sin embargo, hoy gran boga en la clase media de la sociedad. No vayais á creer, lectoras, que la alta clase rechaza de su seno las chaconadas, la indiana y la pita; al contrario, se sirven de ella, y se sirven para hacer mas realzar su belleza. Toda elegante tiene para traje de casa, para traje de tocador, sencillas y frescas batas de esas clases de telas anchas y recogidas á la cintura, que en un elegante negligé realzan todas las bellas formas de las jóvenes, dándoles una naturalidad de que las despojan despues al vestirse para sociedad ó calle los malditos miriñaques, que robándolas toda su gracia les dan la apariencia de una campana.

Los vestidos mas de moda son de moaré, el cuerpo cerrado, y sin aldeta; con adornos en el pecho de fruncidos de cinta, formando cinco órdenes, y un fleco pequeño encima, y lazos en el centro y en las extremidades. En la falda del vestido diez ó doce fruncidos en disminución, figurando un delantal.

También se llevan vestidos de gró verde, altos, cerrados de arriba á bajo, con botoncitos de azabache ó de seda del color del vestido; en el centro un lazo de encaje, una tira de moaré del color del vestido que sube estrechando del bajo á la cintura cubierta de guarniciones de blonda estrecha que se cruza formando cuadros en cada lado de la falda, y en el pecho en forma de tirantes. El cuerpo con una aldeta que cae por detrás en un pliegue muy grueso y sube por los lados á concluir en la costura del costadillo. La aldeta y las mangas llevan iguales adornos que la falda y pecho.

Estos vestidos son muy graciosos y visten muy bien, no obstante de que todos se llevan con enormes miriñaques, los que no ha bastado aun á desterrar la incesante guerra que les hace la prensa periódica, porque la tiranía de la moda es aun hoy mas fuerte que la opinion y el buen gusto. Los miriñaques, á pesar de la deformidad que causan, cuentan partidarias decididas entre toda clase de mujeres, y por eso ha de costar trabajo el desterrarlos. Cuenta partidarias entre las flacas, porque el miriñaque oculta lo exiguo de sus formas; y cuenta partidarias entre las gruesas, porque achacan á la necesidad de llevar esta exigencia el excesivo volumen de sus carnes.

El miriñaque tiene, pues, el singular privilegio de igualar á todas las mujeres. Con él no hay flacas ni gordas, todas las mujeres tienen el volumen que quiere darlas la modista á fuerza de crinolina, ó la doncella á fuerza de almidon.

Sucede con el miriñaque lo que en el siglo pasado con los polvos en el pelo. Los viejos los adoptaron y conservaron tenazmente, porque así desaparecian las canas, y el que no tenía muy arrugado ó curtido el pellejo, pasaba por un jovenito de los que ahora llamamos *pollos*; y los mocitos, siempre ansiosos por parecer hombres, parecían tales. Así los polvos se sostuvieron mucho tiempo en el siglo pasado, y no desaparecieron sino con gran dolor de los viejos, que vieron perderse con ellos el medio de prolongar su mentida juventud.

El miriñaque desaparecerá mas pronto que los polvos, porque si se extiende aun mas su uso, será preciso hacer una revolución en la vida social; será preciso dar nueva forma á las sillas, ensanchar los carruajes, agrandar los paseos, los corredores y pasillos de las casas, y permitir la introducción de cereales perpétuamente en España, porque el consumo de almidon ha hecho subir el precio del trigo; y ved aquí, mis lindas lectoras, cómo los miriñaques pueden muy bien ser inocentes causas de trastornos y convulsiones políticas...

Todavía por mucho que combatamos el miriñaque se halla en su apogeo. No hay que cansarse, el miriñaque tiene que cumplir su tiempo. — Caerá como cae todo, pues cayó hasta el imperio romano. — ¿Quién le derribará? la moda y la inconstancia de las mujeres!!!

J. M. G.

MADRID, 1856. — IMPRENTA DE MANUEL GALIANO,
Plaza de los Ministerios, 3.